

---

Conflictividad social e ideas políticas en las páginas de la revista mensual *La Actividad Humana* (Paraná, 1901–1902)



*Social conflictivity and political ideas in the pages of the monthly magazine La Actividad Humana (Paraná, 1901–1902)*

---

 **Walter Nelson Musich \***

Facultad de Trabajo Social - Universidad Nacional de Entre Ríos / Escuela de Artes Visuales - Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales - Universidad Autónoma de Entre Ríos, Paraná, Argentina  
waltermusich12@gmail.com

**Contenciosa**

núm. 14, e0046, 2024  
Universidad Nacional del Litoral, Argentina  
ISSN-E: 2347-0011  
revistacontenciosa@fhuc.unl.edu.ar

Recepción: 07 junio 2024  
Aprobación: 16 agosto 2024

DOI: <https://doi.org/10.14409/rc.2024.14.e0046>

**Resumen:** Mientras en Europa se estaba constituyendo el campo de la sociología académica, luego de 1890, en la Argentina las profundas y vertiginosas transformaciones sociales y culturales generadas por el proceso de modernización, la gran inmigración y el crecimiento y complejidad de las poblaciones urbanas, pusieron la «cuestión social» y particularmente los temas vinculados al mundo del trabajo y de los trabajadores, en un orden prioritario tanto para el Estado como para el ambiente intelectual, y al interior de este último la proliferación de estudios y ensayos literarios que irán abriendo camino a un campo sociológico autónomo, científico e institucionalizado. En esta línea pueden inscribirse una serie de artículos que abordan la emergencia en los sectores obreros nacionales y locales, de ideas y prácticas adjudicadas al socialismo revolucionario y al anarquismo; publicados en una importante revista de temas de interés general editada en la ciudad de Paraná entre 1901 y 1904 y denominada *La Actividad Humana*.

Este trabajo presenta en primer lugar una caracterización general del saber sociológico en la Argentina entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, enfatizando en la importancia del positivismo como episteme dominante en el período. A continuación, da cuenta brevemente de la incidencia de las ideologías libertarias y sus diferentes formas de expresión y organización en los primeros años del siglo XX en el país, cuando se manifiesta un crecimiento sustancial de la conflictividad social; para lo cual se hace referencia a autores reconocidos que han hecho algunos de los más importantes aportes a la historia de la clase obrera en la Argentina y a sus expresiones políticas, culturales e ideológicas. Dando así un

---

**Notas de autor**

- \* **Walter Musich** es profesor en Historia por la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER). Docente Investigador categorizado y doctorando tesista del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER); profesor titular en la cátedra *Historia del Arte II* en la Carrera de Artes Visuales de la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales de la UADER y Adjunto en *Historia de las Transformaciones Mundiales* de la carrera de Trabajo Social de la Facultad de Trabajo Social de la UNER. Dirige e integra proyectos y redes de investigación dentro de los siguientes campos del conocimiento: historia cultural urbana, historia de las artes visuales en el espacio regional y estudios portuarios regionales entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX.

marco teórico e histórico comprensivo, se avanza con la presentación y análisis de los artículos seleccionados de *La Actividad Humana*, las particulares lecturas que sus autores hacen de un asumido tiempo de crisis, la presencia del conflicto, de su politización, y los peligros de este escenario respecto al orden social. Se advierte al lector que el objetivo de este trabajo ha sido registrar una primera lectura de la fuente y que no se hallará en él un ejercicio de profundización y discusión teórica ni un exhaustivo relevamiento bibliográfico sobre el tema.

**Palabras clave:** ciudad de Paraná, inicios del siglo XX, conflictividad social, pensamiento social, anarquismo.

**Abstract:** *While in Europe the field of academic sociology was being established, after 1890, in Argentina the deep and vertiginous social and cultural transformations generated by the modernization process, the great immigration and the growth and complexity of urban populations, put the «social issue», and particularly issues related to the world of work and workers, in a priority order both for the State and for the intellectual environment, and within the latter the proliferation of literary studies and essays that will pave the way for an autonomous, scientific and institutionalized sociological field. In this line can be included a series of articles that approach the emergency in the national and local workers sectors, of ideas and practices attributed to revolutionary socialism and anarchism; published in an important magazine on topics of general interest edited in the city of Paraná between 1901 and 1904 and called La Actividad Humana.*

*This paper first presents a general characterization of sociological knowledge in Argentina between the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, emphasizing the importance of positivism as the dominant episteme in the period. It then briefly describes the impact of libertarian ideologies and their different forms of expression and organization in the early years of the 20th century in the country, when there was a substantial growth in social conflict; for which reference is made to recognized authors who have made some of the most important contributions to the history of the working class in Argentina and to its political, cultural and ideological expressions. Thus providing a comprehensive theoretical and historical framework, it proceeds with the presentation and analysis of the selected articles from *La Actividad Humana*, the particular readings that its authors make of an assumed time of crisis, the presence of conflict, its politicization, and the dangers of this scenario with respect to the social order. The reader is advised that the objective of this work has been to record a first reading of the source and that it will not contain an exercise in theoretical depth and discussion or an exhaustive bibliographical survey on the subject.*

**Keywords:** *Paraná city , early 20th century, social conflictivity, social thought , anarchism.*

## El paradigma positivista y los problemas sociales derivados del proceso de modernización, en los inicios de la sociología argentina

Entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, el pensamiento social no es ajeno a las profundas transformaciones generadas por el proceso de modernización y la inserción de gran parte del subcontinente y del país en el mercado capitalista mundial. Su construcción y definitiva consolidación como un campo de saberes autónomo y científico en la Argentina, sin embargo, ha sido motivo de discusiones y controversias disciplinares. En líneas generales, a lo largo del siglo XX se definen dos posiciones teóricas bien diferentes; una que plantea un desarrollo evolutivo y lineal, cuyo principal referente es Alfredo Poviña, mientras que otra nucleada en torno al pensamiento y la obra de Gino Germani, destaca las instancias de ruptura y ubica a las producciones de aquel período dentro de una proto-sociología, sin autonomía epistemológica. Con todo, ambas lecturas destacan las monumentales iniciativas de parte de una generación de intelectuales muy influenciados por el positivismo dominante en el pensamiento y la cultura occidentales, por dar un marco de inteligibilidad a los drásticos procesos de cambio, hallar herramientas teóricas que permitan comprenderlos como también prácticas que posibiliten su intervención. De acuerdo a Magalí Turkenich (2012) en el esquema de Poviña, la sociología nace en el país cuando el «pensamiento social» acumulado durante el siglo XIX ingresa a los ámbitos universitarios hacia los últimos años del siglo y desde allí se reconfigura y expande; mientras que en la periodización de Germani esta etapa es aún dominada por una tradición ensayística y literaria, de elucubraciones sobre la realidad social sin una metodología científica que las relacione, como las de Francisco y José Ramos Mejía, Carlos Bunge y José Ingenieros y con representantes en las primeras cátedras universitarias: Ernesto Quesada y Juan Agustín García, entre otros.

Sumado a la coyuntura de cambios, la presencia del Positivismo como clave fundamental del pensamiento de la época, es un indicador que no puede soslayarse. Juan Francisco Marsal (1959) sostiene que es propio del mundo hispanoamericano del siglo XIX, el dominio de un pensamiento sociológico escolástico, apegado a distintas escuelas de base filosófica, religiosa o política, resistentes a transmutar en formas teóricas objetivas, incluso en ámbitos universitarios, más propicios a la adopción de nuevas corrientes. El autor afirma que, de las distintas escuelas sociológicas vigentes en la Argentina durante aquel siglo, indudablemente la de mayor trascendencia e impacto es la positivista. Considerando una serie de atributos que caracterizan el pensamiento positivo, como el estatus de verdad indiscutida otorgado a la ciencia y sus leyes, la búsqueda de uniformidades y regularidades en las estructuras de la realidad, el mecanicismo, etc., para Marsal el Positivismo «ha sido uno de los grandes impactos en la historia de las ideas argentinas que coincidió muy eficazmente con un momento de gran expansión material» (Marsal, 1959, p.217).

Para Ricaurte Soler, en la línea historiográfica de Poviña, este es el momento de los sociólogos positivistas y científicistas que recogen una herencia temprana de dos generaciones previas, la de los «racionalistas» y la de los «románticos». Contrario a aceptar la idea de escuelas y defendiendo la constitución de un campo científico, Soler afirma que entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se da «la aparición de la teoría [...] la proliferación de corrientes interpretativas; todas sin embargo agrupadas en el determinismo biológico, fuertemente influenciado por la introducción del positivismo penal italiano» (Soler, 1968, pp.154–155). La matriz positiva es observada por Soler en la propia sociología académica del país, desde la Universidad de Buenos Aires, donde se abrirá la primera cátedra en 1898, hasta las tempranas manifestaciones en la experiencia educativa innovadora de la Escuela Normal de Paraná de la mano de Alfredo Ferreira, Maximio Victoria y Benicio López, profesor de Filosofía y de Ciencias Naturales, quien en 1895 traduce la obra de P. Alex *El Derecho y el Positivismo*. La Sociología académica, según el autor, tiene dos tendencias en la Argentina:

los pensadores, cuyo fin principal es fundamentar la sociología y la metodología sociológica desde un punto de vista científico [y] los positivistas y los cientificistas stricto sensu, cuyo fin principal es fundamentar la sociología sobre las bases filosófica de la biología y del evolucionismo naturalista. Este es el caso de los comtistas, de Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía, José Nicolás Matienzo, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y Juan B. Justo (Soler, 1968, p.158).

Por otro lado, Soler demuestra una interrelación entre las corrientes y expresiones del positivismo sociológico y las coyunturas sociales y políticas del país al indicar que mientras las primeras generaciones contemporáneas a las etapas organizativas y transicionales del país son expresión más directa de esas realidades sociales y políticas, la generación positivista de 1880 cuyo contexto es de relativa estabilidad y mayor organización, podrá prescindir de esa misión aunque se hallará muy influenciada por imperativos sociales, políticos y disciplinares (el incipiente campo está dominado por abogados y médicos, que imponen sus temas, visiones y terminologías), como también por determinados juicios de valor o tomas de posición política frente a los hechos históricos, desde una dominante tradición liberal y en defensa de la modernización; en cambio, orientará sus temas y conceptualizaciones estrictamente a la «comprensión científica de esta realidad.» (Soler, 1968, p.161) La mayor conflictividad social y la crisis económica e institucional después de 1890, habrá de modificar —según el autor— aquel supuesto distanciamiento, en función de una «concordancia con las nuevas fuerzas sociales; su determinismo es más dialéctico, más abierto a las posibilidades de la acción y de la práctica» (p.164). Tomando esta prolífica generación ubicada entre siglos, Soler explica en sendos capítulos de su obra, los fundamentos cientificistas y deterministas de las teorías morales y de las doctrinas sociales más influyentes del período, bajo la premisa de que el campo sociológico argentino de entonces está constituido por la suma de los resultados biológico–filosóficos de las Ciencias Naturales y los resultados biológico–sociales de las Ciencias Jurídicas. La búsqueda, los interrogantes sobre las relaciones entre lo biológico y lo moral son características del período, y se destacan en las obras de Bunge, Ingenieros, y los pedagogos, como Ferreira, de raíz comtiana. En estos se hallan similares confluencias de criterios biológicos y sociológicos.

Desde otra perspectiva, Carlos Altamirano (2004) vincula el inicio en el país de la sociología o lo que comúnmente se denominaba «Ciencia Social» como la adopción de un conjunto de saberes provenientes de Europa por parte de la joven generación intelectual de los 80, y su esfuerzo por adecuarla a los interrogantes que sobre la sociedad nacional, su organización y sus problemas preocupan a las elites dirigentes; una intelectualidad nacional, portadora de un capital cultural que se irá moldeando en los ámbitos universitarios, en las facultades de Derecho y Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA) (Juan A. García, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Juan N. Matienzo) de amplia trayectoria en el campo disciplinar y el mundo notabiliar y con inserción en las esferas del Estado. Se agregarán a este núcleo inicial Francisco y José María Ramos Mejía, José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge, Antonio Dellepiane. Una «Ciencia Social» que adopta un contorno con la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (1896) donde aquellos jóvenes con el incentivo del Estado forman un determinado perfil académico: estudio universitario de las disciplinas humanísticas dentro del saber disciplinario, no diletante; búsqueda «desinteresada» del conocimiento; profesionalización de las nuevas disciplinas; cultivo docto de la tradición y la identidad nacional. Así, de manera gradual y con entrecruzamientos, la élite de literatos, periodistas, oradores, afianzada en los 80 y cuya tradición en el pensamiento social está centrada en la dilucidación de distintos problemas vinculados a una lectura raciológica de la estructura social, va dando paso al saber docto de la minoría de jóvenes profesores. Es finalmente esa «Sociología de cátedra» la que institucionaliza los saberes y legitima a sus autores; difundiendo desde las lecciones de Ernesto Quesada un determinado género, el de la «Sociología Sintética», en los términos de Barnes y Becker, y unas características generales: enciclopedismo, escasa originalidad teórica, desconexión respecto de la investigación empírica.

Una ciencia filosófica o de síntesis, que tomaba a su cargo los resultados obtenidos por las ciencias sociales particulares (Derecho, economía, política, historia...) para investigar las acciones y reacciones naturales de las masas humanas, en su vida de relación y bajo la influencia de su existencia en común (E.Q.) De este cometido teórico se deducía la importancia práctica de la sociología para la solución de los problemas que preocupaban a los estadistas. (Altamirano, 2004, p.43)

Altamirano observa que el comienzo de la Ciencia Social o Sociología en el país se da bajo el signo dominante del positivismo y aunque sin un paradigma preciso, su finalidad cognitiva es atravesada por una utilidad o función política, como cantera de diagnósticos y soluciones para un «país nuevo» (otro término de época); incluso, en las construcciones teóricas de la mayoría de sus referentes, puede constatarse un desarrollo histórico-social interpretando de algún modo el pasado nacional como clave para comprender el presente. En este sentido y aún con los desfases propios de ser una sociedad nacional de reciente conformación e incorporación al sistema capitalista imperialista, Argentina y sobre todo su región económica más dinámica, el Litoral pampeano, está experimentando aceleradamente los procesos de transformación material y complejización social característicos del modelo modernizador de la generación del '80; fenómeno que obliga a los pensadores sociales y jóvenes sociólogos universitarios a ir dejando los viejos tópicos de estudio, para reformular los temas prioritarios de su agenda académica y de su intervención experta en ámbitos burocráticos. Altamirano identifica y describe esta nueva agenda, entre dos grandes desafíos del programa mismo de modernización: los problemas del «país nuevo» como gran territorio, escasa población civilizada, y, derivado de este, la cuestión inmigratoria con variantes optimistas y pesimistas. Dentro de ese paraguas se ubicarán la formación de la «nueva raza» nacional y los debates sobre los componentes del crisol, en tanto «ingeniería natural y social» [diríamos también política]; el gran paquete de la llamada «cuestión social» como derivaciones insoslayables para entonces del progreso hacia un país industrializado y urbanizado, es decir, civilizado según la cosmovisión imperante; asimismo, aquellas anomalías producto de costumbres cívicas y políticas «atrasadas» en amplios sectores sociales, que generan obstáculos a aquel destino, y los consecuentes posicionamientos sobre el rol tutelar de las clases dirigentes. Estrechamente vinculada a la «cuestión social» y al tiempo que se incrementa el nivel de conflictividad social y la complejidad del mundo del trabajo en las zonas económicas y poblacionales más dinámicas del país, va adquiriendo peso específico la «cuestión obrera». En este sentido, Ernesto Quesada escribe hacia 1907 *La cuestión obrera y su estudio universitario*, publicado en el primer número del *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* bajo la dirección de Nicolás Matienzo y donde el autor establece el punto de vista del sociólogo sobre un tema ya de amplia repercusión.

Volviendo al enfoque de Soler, este afirma que en la generación positivista joven posterior a los '80, existe sensibilidad y preocupación intelectual por los problemas sociales derivados de la modernización, no cultivadas por sus predecesores; que más allá del racismo y el aristocraticismo presentes en la obra de algunos autores, no puede tildarse a las doctrinas sociales del período como conservadoras y reaccionarias. Por el contrario, para él se da la extraña y excepcional «convergencia entre las ideologías democrático-liberales y las doctrinas socialistas» (Soler, 1968, p.221). A diferencia de lo que acontece por entonces en Europa, los positivistas argentinos adscritos a una sociología biológica no organicista y científicista, simpatizan con las ideologías de vanguardia, aproximándose a doctrinas sociales y políticas de corte progresista. Al respecto, Soler afirma la influencia del marxismo en la obra de José Ingenieros, Bunge y otros tantos científicistas argentinos de raíz liberal, por ejemplo en la relación de la lucha de clases con el principio evolutivo de la lucha por la vida; de los fenómenos económicos como «una forma superior y compleja de simples relaciones biológicas»; una doctrina social que fusiona biologismo y economismo y que Soler prefiere definir como

«socialismo científicista» [...] «denominación que empleamos con el doble objeto de poner de relieve las analogías y las diferencias existentes entre esta doctrina y el socialismo científico, es decir, el marxismo» (Soler, 1968, p.229). Sin embargo, lo que podría entenderse como reacción conservadora en sus escritos —argumenta Soler— no es otra cosa que la subordinación del «ímpetu revolucionario» al gradualismo propio del evolucionismo y la confianza doctrinaria en que no existiría justificativo para acelerar mediante la violencia o la lucha de clases aquellos cambios que necesariamente vendrán con los tiempos:

Que se trate de científicistas o de marxistas, se descubren en unos y otros temas comunes. El científicismo, lejos de obstaculizar, favoreció las doctrinas sociales progresistas. Biologismo sociológico y marxismo fueron corrientes de pensamiento estrechamente vinculadas con las doctrinas sociales que apoyaban las reivindicaciones proletarias (Soler, 1968, p.233).

En una perspectiva bien diferente, los estudios más recientes de Horacio González (2000) si bien coinciden con muchos otros en la importancia del economicismo y el biologismo en los años de una sociología o proto-sociología positivista, difieren notablemente en la definición y caracterización del perfil ideológico y de los fines prácticos de sus referentes más notables, en sintonía con las lecturas y revisiones de los últimos años, en general muy críticas con las ideas y manifestaciones provenientes de los sectores dominantes durante el régimen oligárquico. Atinadamente, el autor afirma que en aquella etapa de la disciplina, los «bordes de lo social» son estudiados con un «nervio dramático», y agrega:

Así, una primera sociología fundada en el estudio de la raza, la locura, las mentalidades colectivas, el idioma vinculante del colectivo social, mostraba las huellas que un biologismo mal sofocado dejaba, con su corte de metáforas muchas veces represivas, en el cuerpo de ideas sociológico. Y también mostraba que este saber lindaba a menudo con las teorías racistas y las clasificaciones patologizantes descerrajadas sobre la población sobrante. En la Argentina, esta sociología mostró todo lo que tenía que mostrar: su vocación de odiosa compañera de una raciólogía servicial hacia las políticas de un patriciado dominante, y también su desbordante imaginación escritural. (2000, p.215).

La gran inmigración y las transformaciones aceleradas de la sociedad nacional, su fuerte incremento numérico y su complejidad, como la consolidación de una estructura de clases con gran protagonismo de los sectores trabajadores, trae al tapete del análisis sociológico el tema de las multitudes; en 1899 José María Ramos Mejía publica *Las multitudes argentinas* haciéndolo visible y en sintonía con los debates europeos. Efectivamente, en el viejo continente, Gustave Le Bon publica en 1895 su *Psicología de las multitudes*, objetivando el problema, dándole el estatus de objeto de estudio sociológico.

Esteban Rodríguez le asigna fundamental importancia al afirmar:

La Sociología se inaugura con una sospecha. Y esa sospecha se pronuncia con temor y de un plumazo: las multitudes. Para decirlo rápidamente. La sociología es el nombre que damos a los palpitos que el Estado expone como premonición en determinado momento que, dicho sea de paso, no será cualquier momento. (2000, p.183)

De este modo, aquello que enciende el debate sociológico del momento es considerado, en primer lugar, un problema político acuciante y por tanto su discusión recibirá la atenta escucha del Estado. La preocupación por la emergencia de las masas, lo obliga a subrayar el tema de las multitudes en la agenda. Gustave Le Bon describe a las multitudes —«alma colectiva»— con un conjunto de atributos comunes, más allá de las diferencias entre sus componentes, con predominio de las cualidades inconscientes, su composición emotiva, sensible, el contagio mental o «sugestibilidad», y el estado de fascinación, llevadas o capturadas por las

imágenes y el carisma. Hay una necesaria taxonomía de las multitudes, ya que no todas son peligrosas. Sin embargo, tanto Le Bon desde el ejemplo francés como Ramos Mejía partiendo del caso rioplatense, las interpelan en general de manera negativa, criminalizándolas y señalando la necesidad de vigilarlas y controlarlas. Algunos años después saldrá publicado *Reflexiones sobre la violencia* de George Sorel (1908), donde el filósofo y teórico del sindicalismo revolucionario, develará detrás de las comillas al sujeto colectivo en clave roja, emplazándolo activamente y argumentando a favor de su politización y proletarización.

Pero en la posición de Le Bon y Ramos Mejía, solo es cuestión de reconocer a las multitudes en el marco de unas sociedades modernas, industrializadas, urbanizadas, capitalistas. La multitud, el proletariado, es parte indisociable de ese proceso, guste o no; por tanto, hay que encontrar las estrategias para asimilarlas sin poner en riesgo el sistema. En este sentido, sostiene Rodríguez, ideas liberales e ideas positivistas (voluntad y determinación) deberán confluir, yuxtaponerse. Se necesitará hallar las estrategias para lidiar con las multitudes y las soluciones liberales, como la electoralización (el voto) parecen no bastar si no se atiende a las nociones positivistas para las cuales «las situaciones problemáticas no pertenecen a la esfera privada, no es algo que incumba a cada uno, sino que, por el contrario, son “patologías anómicas” [por ejemplo en la salud, la educación, el crimen] que afectan al colectivo» (2000, p.185) y por lo tanto incumben al Estado. Ramos Mejía como Le Bon tienen una visión teleológica y trágica sobre el desarrollo de unos acontecimientos que obligarán a reforzar a través del mito, el cuerpo unificado de la nación.

En particular, para Ramos Mejía, quien en la primera parte de *Las multitudes argentinas* exhibe su utillaje biologicista, existen por un lado o en determinada fase de la evolución social multitudes pasivas, dispersas, estáticas y por el otro o en otro momento, multitudes activas, dinámicas, que han hallado la «idea-sentimiento», la «idea-fuerza» que las impulsa moralmente, que las agrupa y moviliza. Según el análisis de Rodríguez, Ramos Mejía entiende que esos «motores morales» están más activos en Europa. Las condiciones de la Argentina de principios de siglo no los favorece porque aún no hay hambre, hay trabajo y refiriendo a las huelgas sostiene que «lo que solemos ver en las calles, más que multitudes, son agrupaciones artificiales, compuestas por operarios sin entusiasmos, llevados por sus patrones en esas comedias socialistas que suelen representar empresarios imprudentes» (Ramos Mejía citado por Rodríguez, 2000, p.192). Sin embargo, no desconoce la escalada de conflictividad social en el país y lo asocia al fenómeno de la inmigración: las multitudes extranjeras, el inmigrante que trae las ideas socialistas, anarquistas, el populismo. La preocupación tanto para él, como para su par francés, es la sospecha y el temor por el escenario posible que desate la activación y organización política de esas multitudes que aún se mantienen como moléculas dispersas y débiles.

La nación era el centro de la cuestión. Había que inventar una historia para arraigar la deriva poblacional que comenzaba a pulular. Ya no era el fantasma de Rosas sino los espectros del Comunismo. Un nuevo exorcismo necesitaba la política en la regulación colectiva. (Rodríguez, 2000, p. 189).

Para Ramos Mejía no alcanza con la «higieniería»; se necesita un dispositivo que no funcione al modo reactivo, es decir, después de producido el conflicto (como la criminología) sino uno que lo prevenga, que le anteceda. Producir una nueva sensibilidad social que religue los cuerpos y una conciencia nacional cuyo principal fermento será la educación estatal. Si el Estado en su rol tutelar no hace la reforma moral necesaria y se combinan en un futuro hombre las «ideas-fuerza», las multitudes estallarán, vaticina el analista social. Coincidente en este punto con la línea de Ingenieros, la moralización e instrucción en los valores de la Patria Argentina fundamentalmente de los hijos de inmigrantes, creará la conciencia nacional y fortalecerá el cuerpo social de la nación. Así, la mitología nacional contrarresta el poder disolvente de las fuerzas morales extrañas que circulan por la vida urbana.

## Ácratas y revolucionarios en escena

En la Argentina, el ingreso y despliegue de las ideas y prácticas anarquistas de la mano de activistas inmigrantes (particularmente españoles e italianos) coincide con el surgimiento de una clase obrera nacional, fragmentada, dispersa y heterogénea, vinculada sobre todo a las grandes obras de infraestructura y servicios, como puertos o ferrocarriles, y a las industrias primarias de exportación. A su vez, estos fenómenos tienen sus condiciones de posibilidad en el desarrollo del capitalismo en el país, en su primera gran crisis durante la década de 1890 y en las consecuencias sociales del proceso de modernización. Los límites a la integración económica y social de los inmigrantes y los reclamos sobre las condiciones y horas de trabajo disparan los primeros intentos importantes de organización obrera e incrementan la conflictividad en el mundo del trabajo en el último lustro del siglo XIX, con una escalada huelguística que eclosiona al iniciarse el nuevo siglo. Para Lucas Poy (2012) la confluencia de las profundas transformaciones estructurales con la dinámica de enfrentamientos sociales del período que pone a los trabajadores ante la posibilidad real de su experiencia colectiva permite explicar el proceso de conformación de la clase obrera en la Argentina. Este autor destaca la importancia clave del «contagio», a modo de ligadura, generado desde los gremios organizados y confrontativos, donde se estaba fogueando la militancia de izquierda, hacia una masa de trabajadores urbanos definidos dentro de un mercado laboral inestable, precario, de gran movilidad y estacionalidad y con permanentes incorporaciones por el flujo inmigratorio y las migraciones internas; militancia que pugna entonces por la organización y el reclamo obrero, contribuyendo sustancialmente a definir su oponente en la burguesía propietaria y a escindirlo de cualquier antecedente policlasista de base nacional o étnica en cuyo seno se van diferenciando las vertientes del anarquismo (al principio inorgánico y espontáneo) y del socialismo reformista y partidario.

Con el ciclo huelguístico del último lustro del siglo XIX, el anarquismo deja atrás las expresiones individuales y espontáneas, y adquiere un carácter organizativo, convirtiéndose, según afirma Hernán Camarero «en una corriente orgánica del movimiento obrero» y desplegándose en

un significativo tejido socio-cultural, en torno a centenares de centros, círculos y agrupamientos, bibliotecas y escuelas, grupos teatrales y núcleos feministas, antimilitaristas y anticlericales; además, una densa red de órganos de prensa, especialmente en Buenos Aires y Rosario, aunque también presente en pequeñas y medianas ciudades y pueblos del Interior del país. (2004, p.20).

Sumamos a esta caracterización, el aporte de Luciana Anapios quien en el mismo sentido, afirma que durante los años entre siglos y hasta por lo menos el Centenario, el anarquismo alcanza visibilidad y protagonismo en la vida cultural y política argentina, y sus prácticas y militancia contribuyen «a conformar una identidad y una cultura obrera contestatarias» (2011, p.2).

Entre 1900 y 1910 se extiende el período de maduración del anarquismo argentino, ya definido mayormente en la línea organizativa y colectivista y arraigado en los distintos espacios y ámbitos de expresión y lucha antes mencionados. También es cuando el Estado toma conciencia de la magnitud del conflicto social y en su seno se verán tanto las voces democráticas y reformistas, como distintas estrategias de disuasión y represión de la protesta y de la militancia libertaria. La huelga general de 1902, más que por sus resultados directos, impacta por su significado en términos de organización obrera y de la atención que logra tanto en los sectores dirigentes como en la opinión pública. Juan Suriano (2001) quien aborda en profundidad el tema y así como otros autores, espacializa el crecimiento del anarquismo en las ciudades y regiones de mayor dinamismo en el proceso de transformación económico y social de aquellos años, hace mención a las palabras

del senador Miguel Cané, cuando denuncia ante el Parlamento la gravedad de las huelgas y fundamentalmente de lo que entiende es su origen ideológico y faccioso. La identificación y contabilización de los «elementos ácratas» por parte de la Policía, sus acciones represivas directas; las prohibiciones a la expresión y manifestación y, finalmente, la *Ley de Residencia* como consecuencia directa de la gran huelga, son la respuesta del Estado oligárquico a una seria amenaza a los pilares de su régimen, al «Orden», a la «Administración» y al mentado «Progreso».

El mismo Suriano (2008), coincidente con otros autores, afirma que el mensaje cultural libertario puede considerarse como alternativo. Si bien sus objetivos, algunos de sus métodos y su unificada visión respecto del Estado y la política, son marcas distintivas y confrontativas en el escenario político, comparte espacios y zonas de discurso con otras expresiones políticas de muy diversa procedencia ideológica; su capital cultural abreva de múltiples orígenes, en parte de la común tradición ilustrada, con escasa originalidad y esta hibridación tiene una de sus manifestaciones más significativas en la prensa libertaria.

### ***La Actividad Humana*: espacio para el análisis social**

*La Actividad Humana* es una revista mensual, que se edita en la ciudad de Paraná entre 1901 y 1904. En sus números de alrededor de un centenar de páginas, ofrece una serie de secciones y artículos centrales, de razonable extensión y profundidad, sobre las diversas temáticas que anuncia en su portada: ciencias, artes, industria y comercio; campos del saber que articulan claramente con las preferencias de los sectores sociales dirigentes y, más en general, con aquella población que comparte los gustos e intereses de una cultura universalista, secular y burguesa, aun en sus vertientes más inconformistas y allegadas a los problemas que, se estima, comprometen la institucionalidad política, la modernización y el progreso en la región.

Su fundador y director es el publicista y escritor José Sors Cirera, hijo de un reconocido librero de origen catalán, que llegó a poseer la imprenta más importante de la Provincia y una de las más reconocidas del país; donde se imprime, entre otras cosas, el periódico *El Entre Ríos*; un periódico de origen conservador que ha apoyado al Partido Autonomista Nacional hasta que Sors Cirera asume su dirección. Una de las obras de Sors Cirera, denominada *Verdades amargas para don Vicente Blasco Ibáñez*<sup>[1]</sup> es citada por varios autores de la antología literaria hispanoamericana, porque en ella, se critica duramente las intenciones meramente lucrativas de la visita a la Argentina del para entonces reconocido escritor valenciano:

De un tiempo a esta parte nos ha caído, por desgracia, una lluvia copiosa de sabios y semisabios, literatos y semiliteratos, para enseñarnos con sus conferencias cuántos pelos tenía el primer gato que apareció sobre la superficie de la Tierra (Sors Cirera citado en Sánchez Samblás, 2009, pp.143–144);

crítica compartida por otros contemporáneos del mundo de las letras, como Ramón del Valle-Inclán. En su clásica historia del periodismo y los periódicos de Entre Ríos, Aníbal Vásquez sostiene: «era un escritor epigramático, castizo, que consagró su vida a la imprenta y al diario cuando este quedó de su propiedad. Publicó algunos folletos en que la ironía y la sátira definían su temperamento de crítico prudente». (Vásquez, 1970, p.151).<sup>[2]</sup>

De manera concisa abre Sors Cirera el primer número de su revista. En *Dos palabras* alude solamente a la necesidad de trascender la tónica general de la prensa diaria «llamada a reflejar las impresiones del momento» y, considerando que «poco importa a la generalidad el grito del partidismo o las crónicas ligeras», propone un órgano

para aquellos que buscan un puesto en las fuentes del saber [...] Ciencias, artes, industria, comercio, todo, todo cuanto gira alrededor de la verdad y de lo útil, círculo de acción en que se debate el hombre en cumplimiento de su misión, encontrará cabida en estas columnas.<sup>[3]</sup>

Poco sabemos de la orientación política de la culta familia. Cuando en 1903 el fundador de *La Actividad Humana* asume la propiedad y dirección del periódico *El Entre Ríos* hace pública la renuncia del mismo a las ideas del PAN y su nueva orientación independiente.

Por otra parte, la Revista tampoco ha sido objeto de un análisis minucioso que pudiese permitirnos hablar con sustento sobre su perfil editorial, pero un paneo de sus colaboradores regulares, en general, nos señala hombres y mujeres provenientes de una burguesía ilustrada y europeísta, con inserción en los ámbitos de la cultura y las instituciones estatales, muchos de ellos reconocidos liberales, librepensadores y positivistas. Llama también la atención el nombre de la publicación, sugiriendo un contrapunto a su contemporánea *La Protesta Humana*, de origen ácrata y libertario. El formato en general de sus artículos principales es el ensayo, dando el espacio necesario a la argumentación fundamentada sobre los temas tratados —de actualidad universal y regional, como los descubrimientos científicos, las reformas higienistas y la educación— al planteo de discusiones y a las ponderaciones y opiniones de sus autores.

Poco podemos especificar hasta aquí sobre quienes firman los artículos seleccionados. José María Monzón es un maestro paranaense, egresado de su Escuela Normal, que desempeñó cargos educativos en varias provincias y ejerció por un tiempo, el de Jefe de Policía de la ciudad de Paraná. Por su parte, el seudónimo R.C. que envía su colaboración desde la ciudad de Santiago del Estero, consideramos que corresponde a la figura del profesor Ramón Carrillo (padre del eminente médico sanitarista, ministro de Perón) quien egresará también de la Escuela Normal de Paraná y se desempeñará en la ciudad norteña como periodista y político, además de ser uno de los impulsores y representantes más reconocidos del positivismo comtiano en aquella localidad; discípulo de Maximio Victoria; colaborador y suscriptor de la revista quincenal *Estímulo y Defensa* que desde su fundación en 1903 como órgano de la Sociedad del Magisterio Santiagueño, «fue toda una asociación cultural liberal que tuvo el fin principal de difundir el positivismo y el laicismo, reforzando la tarea que la escuela por la misma senda ideológica realizó en la sociedad» (Guzmán, 2007, s/p). En tanto Otto Peust, nos resulta una figura enigmática, ya que no podemos aseverar que se trate del conocido sociólogo alemán que formó parte del porfiriato en México, quien gracias a haber desarrollado meticolosos y empiristas estudios sobre los sistemas de explotación campesinos desde 1903 y tesis positivistas que le hacían vaticinar la evolución del capitalismo mundializado en un nuevo esclavismo, recibe la designación de Director del Departamento de Agricultura de la Secretaría de Fomento del gobierno mexicano. Su perspectiva y línea de pensamiento resulta coincidente con las expuestas por nuestro Otto Peust colaborador de *La Actividad Humana*. Lo curioso además es que un Otto Peust de familia alemana, nació en 1880 en la localidad entrerriana de Villa Urquiza (Departamento Paraná). Por último, sobre la biografía de *José María Thomas*, nada hemos podido obtener.

Los artículos seleccionados corresponden a un período de ocho meses, entre noviembre de 1901 y junio de 1902, meses de alta conflictividad social en el país y particularmente en los centros urbanos del Litoral, con manifestaciones y huelgas obreras y como contrapartida un aumento de la acción represiva del Estado; antesala de la gran huelga general de noviembre de 1902 y la sanción de la Ley N° 4144 *de Residencia*; cuya información está a mano de la opinión pública paranaense a través de los distintos periódicos de circulación en el momento. El contenido de los mismos parece dar cuenta del interés y preocupación de sus autores por el cuadro social descripto y, especialmente, por la emergencia de expresiones libertarias tanto en el país como en la ciudad, y del esfuerzo intelectual por vincular dicho fenómeno con los grandes temas de la agenda sociológica de su tiempo y con algunos de sus enfoques teóricos.

Cabe la siguiente aclaración de forma: para evitar excesivas referencias al pie, debe entenderse que los encomillados incluidos en los apartados que siguen, corresponden a expresiones de los autores y se encuentran entre las páginas de los artículos a los que se hace referencia.

José María Monzón escribe *La libertad y el anarquismo* en el número VI de *La Actividad Humana* (1901)<sup>[4]</sup> artículo en el que expresa su preocupación por la suerte que corre, en el contexto de malestar social imperante, el valor supremo de la libertad, a la que define como el cumplimiento de los deberes morales del ciudadano, así como un conjunto de los valores inherentes a las democracias modernas y avanzadas y que garantizan su grandeza. Con mayor especificidad, la libertad es para el autor, la defensa de los pilares de la sociedad burguesa: el orden público, las instituciones, la seguridad y la propiedad privada; «carecer de ella — dice Monzón— es no tener ni ciencia, ni arte, ni industria, ni comercio, ni libros, ni escuelas, que todo esto vive solo en un ambiente libre»; el mal uso y entendimiento de esta noción, conduce a la anarquía y al «derrumbe colosal» de la sociedad. En un sentido positivo, asocia libertad con ciencia y con ley moral, por lo que atentar contra ella es también una «herejía científica». Pero ¿quiénes atentan contra ella en esta coyuntura histórica? los «incitadores de las masas inconscientes», haciendo especial alusión a las huelgas de la ciudad de Rosario, «el pueblo ignorante de su actualidad e inepto para apreciar su acción en el porvenir», «las convicciones anacrónicas y a-científicas»; también tiene su cuota de responsabilidad la clase dirigente y culta. Esta combinación es observada en el país y ha desatado «la etapa más escabrosa de nuestra vida institucional», fomentando la aparición del anarquismo, que las características generales, físicas y poblacionales del país supondrían en principio inviable.

Monzón retoma su análisis social en su siguiente artículo al que titula *La anarquía. Su incremento en Paraná – elementos anárquicos – causas de anarquía – la prensa y anarquía* (enero de 1902)<sup>[5]</sup>, categórico desde las primeras líneas al afirmar que el anarquismo en Paraná y en la Provincia es un «hecho», que ha quedado confirmado con la «sesión de la logia anarquista» celebrada en el teatro local en la que se han escuchado encendidas alocuciones, como la que sigue, a las que Monzón de alguna manera recupera de su expresión oral:

Compañeros: la sangre de nuestros hermanos del Rosario asesinados clama venganza, mientras permanecemos aquí, lamentando cobardemente nuestros males; cuando debiéramos rebelarnos contra los infames que nos roban hasta el derecho de morirnos de hambre y escribir nuestra venganza con la tea y el puñal.<sup>[6]</sup>

La presencia del anarquismo entre los obreros locales, reflexiona Monzón aquí, debe entenderse como una situación anómala y sin embargo, real, refutando aquella incompatibilidad supuesta a priori. Aunque se trate de un flagelo originado en la Europa empobrecida y con históricos sistemas de explotación producto de la industrialización, donde las ideas anarquistas reclutan «millares de famélicos» expresa el autor, la Argentina es un cuerpo débil y vulnerable, propenso a recibir del exterior los males que le afectan. Esa metáfora, muy usual por entonces, le vale para diagnosticar «llagas sociales profundas» en el cuerpo de la nación. ¿Qué las produce?, pues «un desequilibrio en la masa étnica» directamente asociado a la «inmigración libre» que crea condiciones para que prosperen los «gérmenes de violencia anárquica», cuyo portador es el «obrero agresivo» y que por medio de «la propaganda por el hecho» (puñal, dinamita) buscan acabar con lo que consideran una triple tiranía: de la familia, del gobierno y del capital. Esto podría evitarse, asegura Monzón, si contase con la debida atención tanto del Estado como de las clases dirigentes, a quienes él adjudica un rol tutelar y una responsabilidad indelegable sobre el conjunto social.

El diagnóstico, sin embargo, va más allá de las manifestaciones contemporáneas y sus causas más inmediatas. Monzón sostiene que el siglo XX se ha iniciado con «efervescencia social» en el conjunto de los países en los cuales, en grados diversos, se están manifestando los procesos de industrialización, urbanización y mercantilización, por la forma en que estos han moldeado el destino de la clase obrera, como clase explotada. Un sistema arbitrario del que para Monzón Norte América «es el mejor ejemplo» y que impacta sobre la precaria situación del obrero argentino.

Las clases obreras de las viejas naciones, eternas víctimas de las leyes de producción, oferta, demanda, protección y libre cambio, luchan por determinar con firmeza su rol en la sociedad: tienen como antecedentes millares de obreros muertos de hambre y de frío; millares de mujeres envilecidas por la miseria, cuando un incidente fortuito estrecha el radio económico del estado, o disminuye la demanda, o aumenta la producción. Y estas víctimas son las extraordinarias, que se agregan a las otras: el albayalde mata jóvenes a los trabajadores en pintura; el plomo vuelve tísicos a los tipógrafos; los obreros en lana y tabaco envejecen a los treinta años; seis, bastan para matar a los obreros de las minas de mercurio...á ¡Qué seguir esta triste enumeración! Tantas miserias llegaron a conmover el mundo: las grandes almas se sintieron, como Cristo, atraídas por tamaños sufrimientos y, desde el Pontífice de Roma hasta el más humilde obrero del pensamiento, coincidieron en un fin primordial: regenerar la clase obrera. Francia dicta la Ley de Jubilación a los inválidos del trabajo; Italia forma un gobierno eminentemente socialista; el papado reúne a los trabajadores en centros católicos, y hasta Alemania llama al gobierno a esclarecidas eminencias socialistas. La evolución social se opera, pues, lentamente y sin sacudimientos bruscos.<sup>[7]</sup>

Hasta hace muy poco tiempo, el problema económico fue de producción: producir mucho, se consideró el desiderátum del progreso. Y las fábricas, erizaron el suelo convirtiendo en obrera una importante masa de población que antes cultivaba los campos viviendo frugalmente de sus productos, sin aspirar las influencias deletéreas del taller y de los grandes boulevares. Hoy, cuando la producción ha llegado a abarrotar los mercados de consumo, el problema se cambia y convierte en: dilatar el radio económico del estado; y viene lo que podríamos llamar lucha de mercancías. Ya no basta producir sino producir más barato y mejor para desalojar los productos fabriles similares: las utilidades disminuyen y, con ellas, los salarios; pues, si se persistiera en mantenerlos, la ruina general sería cuestión de poco tiempo. Para evitar la crisis, los gobiernos abren por las armas o la diplomacia, nuevos mercados de consumo: su política se hace imperialista.<sup>[8]</sup>

La combinación de estos factores estructurales, lúcidamente planteados por Monzón, derivados del sistema capitalista mismo y que, por ejemplo, explicarían la proliferación de huelgas, y aquellos, más asociados a elementos ideológicos que se piensan como promotores de la violencia y disolventes del orden social, daría como resultado la realidad analizada. La clave evolucionista sobre la que se construye el pensamiento de Monzón, le permite en un punto observar el surgimiento del anarquismo como una anomalía local, sí, pero también como la «expresión de fuerzas eternas y recurrentes», emergentes bajo determinadas condiciones pero que sin embargo no pueden evitar el gradualismo con el que la Humanidad produce necesariamente sus cambios, al punto que la idea de «Iguaritarismo» que aquellas exaltan resulta al momento tan solo una «chifladura».

Entonces: ¿en qué radica para Monzón la solución a los problemas planteados en sus artículos? En efecto, deposita la confianza en las soluciones que provienen del reformismo, siempre que sean asumidas primeramente por el Estado y por la parte selecta de la sociedad que es la parte dirigente y, en última instancia, por la sociedad toda, incluidos los obreros. Ese reformismo debiera conducirse por la vía de una «sabia evolución social, abriendo ancho campo al esfuerzo del proletariado». En este sentido, se manifiesta como un evolucionismo no determinista y condicionado por las conductas sociales, morales y políticas y por

el desarrollo de la institucionalidad del Estado. El autor agrega que las respuestas están en el ejercicio del «espíritu práctico» que permite resolver los problemas actuales, y alejarse de las especulaciones sobre una futura y lejana sociedad, con lo cual estaría sumando una perspectiva anti-intelectualista. Pone el eje de las respuestas en la «regeneración de la clase obrera» y en definitiva en la regeneración social. Aquí es donde destaca la necesidad de la vía gradualista, científica y práctica, como contracara al cambio mediante la revolución y la violencia.

Por último, el autor describe los elementos que permitirían esa regeneración por la vía pacífica y gradual, para lo cual toma en parte la experiencia de las colonias agrícolas de las cuales la Provincia de Entre Ríos ha sido pionera: A) Colonización científica (selectiva) B) Nueva política de tierras para el desarrollo agrícola, contra el latifundio. C) Fábricas con buenos jornales. D) Condiciones de vida y de trabajo higiénicas para los obreros. E) Educación del alma humana a través de diversos ámbitos e instituciones: la familia, la escuela, la prensa (en el artículo se critica el «diarismo», en tanto prensa facciosa y falsa). A estos elementos habría que agregar lo que Monzón define en su primer artículo como el modelo de individuo que hará posible la regeneración social: El *Pionner* del siglo XX: «de labor ruda, constante, seria y silenciosa». Repasando el recetario y deteniéndonos en la adjetivación de este arquetipo, podríamos concluir que Monzón piensa en la armonía campo-ciudad, gracias a la acción responsable, pronta y científica del Estado y los sectores sociales dirigentes, cristalizada en una híbrida e idealizada figura del trabajador, sembrador y obrero a un tiempo, herencia posible del Normalismo en el que se formó.

Las consideraciones últimas de Monzón subyacen en el núcleo del artículo de Otto Peust que recuperamos en este trabajo, titulado *Huelgas argentinas. Proletariado- huelgas - remedios* (febrero de 1902)<sup>[9]</sup>. El autor da cuenta allí de un hecho que considera irrefutable; no se trata del anarquismo que Monzón denuncia con vehemencia sino de una problemática generalmente asociada al fenómeno: el incremento de las huelgas en el país y la creciente organización del sindicalismo obrero; «cosa delicada para los articulistas», advierte Peust: «Las huelgas de esta República, cada año más extensas y mejor organizadas, sacuden más hondamente el organismo económico y las industrias fabriles y comerciales, que las inofensivas revoluciones periódicas, que se limitan a unos caballos muertos y vidrios quemados».<sup>[10]</sup>

Por encima de su atención a la coyuntura, el autor tiene una preocupación mayor que expone finalizando el escrito: «que este mismo proletariado crecido, mimado y temido por los partidos y gobierno, va bien encaminado para imponerse y realizar la oclocracia». ¿Cómo llega Peust a esta conclusión? En su extenso ensayo, hace una detallada descripción de las condiciones económicas y sociales del país (incluyendo datos estadísticos) y busca las causas y responsabilidades de la crisis actual y particularmente de la situación del trabajador proletarizado. La concentración de las tierras en latifundios, agravado luego de 1880, expulsó población campesina a las ciudades —asegura Peust— transformándola en proletariado industrial; la crisis de los años 90 obligó a una parte importante de ese proletariado a retornar al campo o a iniciar un peregrinaje en función de las leyes de la oferta y la demanda de fuerza de trabajo, generando «gitanos agrícolas», que se mueven entre las cosechas y los puertos o las fábricas, como peones o jornaleros. El problema de la tierra es crucial: «La dificultad cada vez mayor de adquirir bienes raíces convierte en proletarios la gran masa de la población argentina y contiene la inmigración». Se pasó de colonos a peones. El autor refiere al fracaso de la huelga de Rosario y lo adjudica a la mala organización gremial, advirtiendo que, de revertirse dicho factor, estaría en peligro la actividad económica del país.

En la cosecha no hay huelga de peones. Los colonos que sin más ni más no pagan las subidas remuneraciones, se quedan sin peones. En las ciudades, los patrones y grandes empresas están menos inclinados a llenar las pretensiones de los asalariados. Desde varios años, los gremios obreros tratan por esto, de declarar huelgas generales durante los meses de la cosecha, en que no hay exceso de trabajadores en las grandes ciudades. A más, esos gremios están organizándose para que durante la cosecha el mayor número posible de obreros ocupados en las grandes empresas fabriles, de transporte, etc., salga a las faenas bien remuneradas de la cosecha, produciendo huelgas en que los patrones debieran acceder a todas las pretensiones de los obreros. Durante la cosecha actual, los obreros de Rosario de Santa Fe, lograron extremar por primera vez una huelga general de todos los trabajadores. Debido a la cosecha casi enteramente perdida en Santa Fe y Entre Ríos, y el gran exceso de obreros, la huelga fracasó completamente.<sup>[11]</sup>

La escena antes descrita tiene para Peust una responsabilidad compartida entre el accionar de la prensa, los partidos, el gobierno y los economistas. El periodismo, en varios aspectos: en primer término, solo atiende a lo exterior del conflicto, a los actos de violencia y no a estudiar las razones; en segundo término, construye en el público una falsa imagen de país joven y rico que no puede engendrar las «enfermedades sociológicas» de la vieja y decrepita Europa, cuando la realidad indica —afirma el autor— que el problema obrero es peor en la Argentina; por último, la prensa incita el «barullo político» con el cual se benefician partidos y políticos a costa del conflicto. Respecto a los partidos y el gobierno, dice Peust: «los períodos de barullos políticos se efectúan cada vez más por medio del proletariado desocupado»; de esta manera, los partidos y el gobierno buscan en el conflicto obrero sus beneficios políticos. El autor hace mención al encuentro de obreros en el teatro de Paraná con la anuencia de una parte de la política local, ejemplo que le hace reflexionar: «Los partidos quisieran convertir el proletariado en un ejército pretoriano a disposición de sus objetivos egoístas». Finalmente, responsabiliza a los «economistas criollos» que fijan en el Estado y sus gravámenes el destino del obrero y que no atienden al problema de la tierra.

¿Hay entonces para Peust una manera de evitar el agravamiento del conflicto social y un escenario futuro aún más crítico? De manera similar a lo expuesto por Monzón, pondera el modelo de organización social y económica de las colonias agrícolas de población inmigrante que prosperaron unas décadas atrás en la Provincia y que la llevaron a ser cabeza del progreso del país, por lo que «siendo la agricultura la única industria verdaderamente nacional, hay que crear la clase de proletarios agrícolas más grande y fuerte posible, mientras hay tiempo».

De los distintos artículos seleccionados para este trabajo, el que firma R.C. (posiblemente, Ramón Carrillo padre) denominado *La anarquía en el Socialismo* (abril de 1902)<sup>[12]</sup> es el único que no se detiene en los sucesos que disparan las preocupaciones y análisis de los otros autores, aunque comparte con ellos el diagnóstico general sobre el estado social. Su inquietud tiene que ver con la evolución del socialismo para llegar a convertirse en la doctrina que conduzca «al progreso intelectual del mundo y al perfeccionamiento social». La coyuntura es, desde su mirada, una instancia prevista y hasta inevitable, producto de una «lucha de ideas en las que unas sucumben y otras triunfan»; visión teleológica que le imprime al artículo un tono desdramatizado (bien diferente a los demás) y que es argumentada desde la teoría biológica de Haeckel y su *mónera* como inicio de una evolución de los mundos inorgánico y orgánico (incluyendo al hombre y su sociedad) sobre la base de «las fuerzas que operan en la naturaleza».

Para R.C. en la Naturaleza, los órganos se forman según las funciones de la «Ley de división del trabajo» que opera en todos los planos y según la «Ley de la diferencia» supeditada a aquella otra. Así se forman los «ganglios» o «centros directores del pensamiento» y por ellos se constituyen los «sistemas filosóficos, las sectas religiosas, los partidos políticos», todos los sistemas que «interpretan el mundo y al hombre» y de acuerdo con esas interpretaciones establecen «reglas de conducta invariables en el presente que conduzcan al ideal de perfección en el futuro». Al primer orden de ideas lo constituye la filosofía, como fundamentos; al segundo la política, que aporta las soluciones prácticas.

Planteada a grandes rasgos la mecánica del sistema, el autor formula la pregunta de rigor: ¿se ha constituido el Socialismo, entonces, en una «doctrina perfectamente orgánica», lo que implicaría precisar su filosofía y buscar de acuerdo a ella las soluciones prácticas, es decir establecer su política? Inmediatamente se responde: no. ¿Cuál es, por tanto, la razón? Observa profundas divergencias en el seno de los espíritus que dan el impulso directivo; «desorden» y «anarquía», producto de una «filosofía incompleta que no ha llegado a ser suficientemente científica, conexa y uniforme»; en consecuencia, sus propuestas de reforma social no están bien orientadas, es decir, faltan soluciones prácticas. A continuación, enumera las diferentes corrientes y algunos de sus personajes principales: Un «socialismo moderado» de Tolstoi, Paul Brousse, Turatí; un «socialismo revolucionario» de Bakounine, Gori, Kropotkin; el «socialismo francés de Jules Guesde», que postula la evolución y se opone a las huelgas; el «templado colectivismo» de Marx y Engels; y, finalmente, el «socialismo demoledor» de Blanqui. El autor explica cómo estas corrientes divergentes entienden a su manera el origen del desorden, de la anarquía y la necesaria reforma:

Para unos es simplemente un problema económico, otros buscan el anonadamiento de la propiedad; para aquellos constituye una noble aspiración igualitaria; los que se creen más prácticos se organizan en partidos políticos como un medio de realizar sus propósitos, a lo que otros oponen una resistencia considerable; estos hacen armonizar perfectamente sus creencias religiosas monoteístas, mientras los que más allá la reducen a una simple cuestión de frailes, limitándola a un grosero anticlericalismo.<sup>[13]</sup>

Pero el autor, consecuente con una perspectiva no solo evolutiva y biológica sino también determinista, concluye que la crisis de ideas que marca el pulso del presente, culminará como «consecuencia natural» en la «selección» de una doctrina socialista organizada y sistemática.

Lo que en los tiempos antiguos fue un vago anhelo por mejorar las condiciones, toma hoy contornos más precisos, acentuándose y consolidándose un cuerpo de doctrinas que ha conseguido despertar odios y simpatías, preocupando hondamente el pensamiento contemporáneo.

A través de todas las vicisitudes históricas y de todas las efervescencias populares, en medio de este desorden de ideas y de esta anarquía en las doctrinas que han tomado las formas más fecundas como las más peligrosas, el observador atento puede descubrir desde luego una aspiración común que se agita en el alma de las muchedumbres o que bulle en el cerebro de los pensadores elevándose a la categoría de un nuevo evangelio.<sup>[14]</sup>

Entretanto, a José M. Thomas no son precisamente las condiciones de posibilidad del Socialismo aquello que le interesa desarrollar en su artículo *El anarquismo*<sup>[15]</sup>, sino el avance importante de su vertiente anárquica y la sugestión que provocan sus promesas en muchas inteligencias. Advierte, sin embargo, que el «socialismo anárquico», resulta un fenómeno de difícil aprehensión sociológica por el hecho de que este campo de conocimiento requiere analizar la experiencia y aquello solo manifiesta hasta el momento unas ideas embrionarias, centrándose en lo que quiere destruir, pero ignorando por qué reemplazarlo.

De la cantera positivista, Thomas extrae las nociones teóricas por las cuales infiere que la necesaria «formula práctica» de las diversas tendencias anárquicas se hallan en el «socialismo científico», cuyo fin, según valora explícitamente, «es digno y deseable», al que no hay que combatir, sino aceptar y esperar a que la evolución diga si es posible. En la misma tónica, afirma que la rebelión aclamada por socialistas marxistas y anarquistas ha sido en definitiva el origen de todo nuevo orden y nuevamente vuelve a emitir su juicio: «es transcendental y será imponente». A pesar de confiar en la dinámica y los tiempos de un desarrollo histórico evolutivo que trasciende la contingencia, Thomas, a diferencia de R.C. (quien espera el triunfo del Socialismo, orgánico doctrinario y moderado) introduce una lectura más aguda de la coyuntura, porque precisamente identifica en el accionar anarquista el obstáculo, el accidente histórico a aquella «natural» evolución; avanza en su definición y caracterización negativa y plantea a grandes rasgos su alternativa.

Desde una perspectiva sociocéntrica, Thomas afirma que el Anarquismo predica a través del terror y que ese terror se manifiesta en primer lugar en el plano del lenguaje, producto del fermento que extrae de la clase baja, de la que «solo oímos las voces burdas que caracterizan a aquella», y reproducido por la «prédica bárbara» de sus secuaces y fanáticos. En estos últimos, en los militantes y defensores del «ultra-anarquismo» o anarquismo revolucionario, deposita Thomas, la culpa principal, al ambicionar convertirse en mártires, ignorando hasta la dignidad del lenguaje; porque atentan contra los símbolos de la nación pero instituyen otros, como el «trapo rojo [que] está en pugna con la idea que pretende cobijar y en la época en que flamea»; porque exigen el sacrificio de otros para alimentar únicamente su Yo, como Kropotkin con su escrito *A los jóvenes*<sup>[16]</sup> y también Bresci. Estos hombres —asegura Thomas— descontextualizan ideas y discusiones para imponer sus erróneas interpretaciones, como el caso de las nociones sobre la propiedad de Proudhon, añadiendo «¡el gesto feroz!»: «El anarquista ya puede ser otra cosa; esos que producen justamente exaltación de las imaginaciones, los ha estudiado Lombroso». Thomas augura la faz de una «Nueva Idea»; ella es el reino de la razón, la armonía y la felicidad que permitirán la verdadera regeneración social y el progreso. Y eso no será posible por el atajo de la violencia sino por la vía del socialismo científico, en su vertiente gradualista, institucional y pacífica. Para el autor, los revolucionarios no pueden aspirar a ser los sacerdotes de esa Nueva Idea, porque lo son «de la dinamita, el incendio y el asesinato».

Los obreros, los proletarios tan dignos de compasión, de ayuda y de protección, que atraen la simpatía de los sabios, de las religiones, del Estado mismo y hasta de algunos ricos; cuya suerte se mejora día a día por la acción de hombres humanitarios, por reconocimiento de nuevos derechos, por conquistas de ventajas, etc.; los obreros que son las primeras víctimas de las bancarrotas y crisis, de la civilización, del progreso, del maquinismo, son también la víctima de su propia ignorancia cuando se pliegan al partido de la revolución, cuando se estremecen electrizados ante los gestos demoníacos de ciertos predicadores, cuando creen que a ellos está reservada la futura regeneración social. No, ellos serán una palanca poderosísima, su necesidad el punto de apoyo; pero necesitan la fuerza activa de la mano del sabio: sociólogos, legisladores, políticos, economistas, etc. si ellos quieren ser todo, fracasarán por insuficiencia, porque los sabios no se improvisan.

Cuando esos obreros se den cuenta de las faces que atraviesan los pueblos y como hay una que hace necesario el estatismo que practican las leyes argentinas; cuando sepan que ni el libre cambio ni el proteccionismo son fórmulas únicas o infalibles, y que deben adoptarse o rechazarse según la época evolutiva por la que se atraviesa; cuando sepan que todo esto viene a convertirse en un Socialismo de Estado que favorecerá la preparación de las masas para su emancipación; cuando sepan que fatalmente los organismos políticos nacen, envejecen y mueren; pero que no se les mata con la revolución mientras tienen la fuerza vital que todavía tiene el Estado; cuando sepan que las generalizaciones son falsas, como es falso todo absoluto, y que las ciencias sociales son y tienen que ser locales todavía..., entonces, recién entonces, podrán los obreros seguir por sí mismos un rumbo cierto, podrán continuar la propaganda que se insinuara sin estrépito, sin caras feroces, sin declamadores; llevando por guía a los sabios, no a los legos o analfabetos. Es necesario convencerse: «Todavía el Estado es el padre y el pueblo el hijo».<sup>[17]</sup>

El instrumento principal para liderar un cambio consiste según Thomas en el conocimiento, adquirido por medio de la lectura y la palabra de los sabios; algo que desconocen los anarquistas para quienes «el libro es sin duda otra tiranía». La sabiduría, y los sabios como portadores del conocimiento necesario, justifican confiar la regeneración social en una *sutil aristocracia intelectual* como la llama Gabriel D'Annunzio en Italia. Thomas no rechaza la revolución per se; la considera necesaria para donde o cuando las libertades fundamentales, como la igualdad civil, le son privadas a los pueblos, no siendo el caso de la Argentina de su tiempo sino necesario, por el contrario, confiar en las instituciones lideradas por sabios y hombres de la política. Incluso se refiere a las leyes, criticando las ideas de algunas cátedras de Derecho sobre que las normas que conducen un país deben indefectiblemente sustentarse en la costumbre. Las leyes de un país aún inmaduro, para que prosperen y den sus beneficios, deben ser al igual que su gobierno, obra de la conducción política de los sabios y da el ejemplo de leyes que considera han quedado desfasadas en la Argentina, como la *Ley de Divorcio*, la *Ley de Consolidación*, el derecho de Petición. En este sentido, comparte tesis con el italiano Enrico Ferri al decir «las mejores leyes del mundo son perniciosas en una sociedad que no las reclama todavía». Asimismo, coincide con el catedrático y amigo santafesino Ricardo Candiotti en dudar de la eficacia del sistema federal para el país. En definitiva, estas consideraciones sobre la oportunidad de las leyes y el sistema de gobierno, le hacen a Thomas volver sobre la importancia de que la evolución social preceda a la revolución, aun reconociendo su mecánica en la lucha de clases:

La aristocracia y el pueblo lucharon contra la tiranía; la burguesía y el pueblo contra la aristocracia y hoy el pueblo contra la burguesía; de modo que el obrero actual goza de libertades que iniciaron la aristocracia, la burguesía y el pueblo (que no eran solamente los obreros). Tienen razón los socialistas que fundan la evolución en la lucha de clase a clase. Las reformas tienen que ser progresivas y deben ser observadas una por una en su resultado práctico; porque —es indudable— algunas de nuestras ideas avanzadas fracasarán porque no podemos prever todo, y porque tal vez se ensayen prematuramente. Concluyamos. La prédica revolucionaria no responde a nuestro estado de civilización, máxime cuando parece que se inicia entre nosotros esa ley de la regresión aparente.<sup>[18]</sup>

Resulta particularmente destacable y de interés para un trabajo en profundidad, la consideración de Thomas hacia el lugar de la ciencia social como instrumento de interpretación de la realidad; explícito en tres momentos de su ensayo. Al inicio, sostiene que un fenómeno es sociológicamente aprehensible cuando ha madurado lo suficiente y producido suficiente experiencia para ser observado; más adelante, en el desarrollo de su argumentación y aludiendo a las razones de actualidad que la clase obrera debiese comprender para no ser arrastrada a la violencia, refiere —pretenciosamente quizás— a la necesaria escala local de las teorizaciones; y finalmente, en la ulterior afirmación de que «Nada es tan falso como lo absoluto en ciencias eminentemente relativas y circunscriptas a los hombres, al clima, al suelo, al grado de civilización».

## Breves conclusiones

Los artículos seleccionados de la revista mensual *La Actividad Humana* reúnen las características principales del ensayo sociológico propio de la transición entre el siglo XIX y el siglo XX; abordan una problemática social contemporánea a esos años, sobrevolando la crónica de los hechos, a la que solo acuden como referente empírico, inscribiéndola en un contenido analítico, de síntesis, con argumentaciones no exentas de subjetivación y valoración, referencias a autores o tradiciones intelectuales sobre todo europeas, determinación de causales históricas y elaboración de conclusiones que, por el interés y parcialidad adquieren un carácter predictivo o prescriptivo.

En todos los casos se evidencia la base de una epistemología positivista, con variantes, sobre todo la concepción evolutiva del desarrollo histórico-social; positivismo de fin de siglo XIX y con algunas características propias, que autores como Soler destacan para las expresiones vernáculas; biologicista y científicista fundamentalmente, con algunas lecturas organicistas y deterministas. Entre las cuestiones que resultan más interesantes de destacar del análisis es que estas páginas sirven de escenario tanto para confirmar un determinado clima intelectual sostenido por actores e instituciones locales, como para acercar y familiarizar un novedoso diccionario político.

El reconocimiento de un estado de crisis social, como consecuencia no deseada del proceso de modernización y del progreso material del país, pero a la vez inscripta en un contexto occidental y en perspectiva histórica, motiva a los autores, representando el eje estructurante de sus artículos. Ya sea denunciando con «nervio dramático» —a decir de González— el incremento y politización de las huelgas obreras o la presencia indiscutible de ideas y prácticas anarquistas y revolucionarias que amenazan los valores fundamentales de la sociedad burguesa y la república (Monzón, Peust) ya sea dilucidando con mayor distancia analítica y serena reflexión las posibles vías del desarrollo histórico y político hacia una regeneración social y obrera (R.C., Thomas) a todos ellos le preocupa aportar un marco de inteligibilidad a ese estado de «efervescencia social», diagnosticar sus causas y proponer su salida, a la manera de «cantera de soluciones para un país nuevo» en palabras de Altamirano. En este sentido, la responsabilidad moral y política de cada clase social y del Estado es revisada críticamente; se reafirma la importancia del orden jurídico y el rol tutelar de las instituciones seculares, las leyes y de los sectores sociales dirigentes, lo que ubica a estos autores en la línea del liberalismo reformista (Thomas llega a proponer una «sutil aristocracia intelectual» como lo hace Gabriel D'Annunzio en Italia). La clase obrera, emergente social de las transformaciones operadas en el país, es objeto de una diferenciación en función de su grado y tipo de organización e ideologización; vista con actitud benévola y paternal en tanto proletariado históricamente explotado, espalda de la economía capitalista; considerada, en cambio, una amenaza en tanto se organiza y convierte en las multitudes ideologizadas, en el «obrero agresivo» y el anarquista agitador (Monzón, Thomas) que conducen irracionalmente a las masas ignorantes a intentar destituir los pilares de la sociedad: la familia, el gobierno y el capital; una mirada negativa que años antes ha tenido su conceptualización en las obras de Le Bonn y Ramos Mejía, aunque estos autores no sean explícitamente citados. Es así que las manifestaciones obreras por mejores condiciones de trabajo y de vida, como por ejemplo las huelgas, son tomadas como epifenómeno, solo alarmantes en caso de tornarse masivas y levantar consignas de tipo libertarias, como bien lo señala Suriano cuando recupera aquella denuncia de Cané ante el Congreso en 1902.

Las concepciones y el utillaje teórico positivistas siembran los textos y le imprime su lógica. Conceptos y metáforas biologicistas están más presentes en los artículos de Monzón y de R.C. (¿Ramón Carrillo?) ambos salidos del filón comteano de la Escuela Normal de Paraná. Diagnostican un cuerpo social enfermo, afectado de «patologías anómicas» como el anarquismo, que, sin embargo, se observan en un punto también como previsible en un contexto de evolución social gradual y perfectible: «expresión de fuerzas eternas y recurrentes», para Monzón; producto de una «lucha de ideas en las que unas sucumben y otras triunfan» sobre la base de «las fuerzas que operan en la naturaleza» para R.C. Monzón confía en la regeneración social y obrera por la vía de una «sabia evolución social, abriendo ancho campo al esfuerzo del proletariado», mientras que de una manera similar, R.C. confía en el triunfo definitivo del Socialismo como «doctrina perfectamente orgánica» (ligadura de filosofía y política) en tanto «consecuencia natural» de la evolución de las ideas, habiendo brindado el autor una explicación sustentada en la teoría de Haeckel, donde se mencionan leyes, reglas y sistemas que el órgano social comparte con el resto del mundo natural. Puede

observarse incluso y sin necesariamente abreviar en la afirmación de Soler respecto del acercamiento y afinidad de los positivistas de esta generación a ideas progresistas y revolucionarias, que algunos conceptos y categorías marxistas aparecen explicados desde principios biologicistas y científicistas, como la asimilación de la lucha de clases con el principio evolutivo y gradual de la lucha por la vida y los fenómenos económicos como formas superiores y complejas de las relaciones biológicas (economismo). «Tienen razón los socialistas —afirma Thomas— que fundan la evolución en la lucha de clase a clase».

Se espera que esta reunión y primera observación crítica de algunas páginas de la revista mensual paranaense *La Actividad Humana*, sea útil como fuente y referencia para futuros trabajos sobre una historia local de las ideas políticas y sociales y la construcción de un marco de inteligibilidad teórica en torno a las profundas transformaciones materiales y simbólicas, a los consensos y conflictos en el cambio del siglo XIX al XX en Paraná y la región; abordajes con mayor profundidad teórica y contrapunto con una producción historiográfica actualizada y actualmente en expansión.

## Referencias Bibliográficas

- Altamirano, C. (2004). Entre el Naturalismo y la Psicología: el comienzo de la «ciencia social» en la Argentina. En F. Nieburg y M. Plotkin (Comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp.31–65). Paidós.
- Anapios, L. (2011). Una promesa de folletos. El rol de la prensa en el movimiento anarquista en la Argentina (1890–1930). *Contracorriente*, Vol. 8 (2), 1–33. [www.ncsu.edu/project/contracorriente](http://www.ncsu.edu/project/contracorriente)
- Camarero, H. (2004). El anarquismo en los orígenes del movimiento obrero argentino. *IdZ, Ideas de Izquierda* (8), 19–21.
- <https://www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/el-anarquismo-en-los-origenes-del-movimiento-obrero-argentino>
- Escuela Normal Del Paraná (1910). *Informe Anual*. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- González, H. (2000). Los bordes de lo social. En H. González (Ed.), *Historia crítica de la sociología argentina, Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes* (pp. 213–239). Colihue.
- Guzmán, D. (2007). Historia de las revistas culturales en Santiago del Estero 1900–1918. *Ágora* (1).
- Marsal, J. F. (1959). La Sociología positivista en la Argentina. La sociología de escuelas. *Revista de estudios políticos* (104), 213–240. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2129299>
- Poy, L. (2012). Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera en Argentina: problemas historiográficos y apuntes metodológicos. *Revista Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda, Año I* (1), 13–14.
- Rodríguez, E. (2000). Motores morales. La psicopatología de las multitudes como sociología primera. En H. González (Comp.), *Historia Crítica de la Sociología Argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes* (pp.189–195). Colihue.
- Sánchez Samblás, M.V. (2009). *Hispanidades Transatlánticas o la reconquista espiritual de América: Vicente Blasco Ibañez y el nacionalismo argentino en torno al Centenario* [Tesis Doctoral] Universidad de Nashville.
- Soler, R. (1968). *El positivismo argentino*. Paidós.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y cultura libertaria en Buenos Aires 1890–1910*. Manantial.
- Turkenich, M. (5 al 7 de diciembre de 2012). La historia de la sociología en la Argentina: un mapeo de sus principales líneas de análisis e interpretación. [Comunicación en Congreso] *VII Jornadas de Sociología de la UNLP*. [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.2309/ev.2309.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2309/ev.2309.pdf)
- Vásquez A. S. (1970). *Periódicos y periodistas de Entre Ríos*, Paraná, Dirección de Cultura de Entre Ríos.

## NOTAS

- [1] Sors Cirera. *Verdades amargas para don Vicente Blasco Ibañez*, Paraná, Establecimiento Tipográfico El Paraná, 1910.
- [2] El diario al que refiere Vázquez es *El Entre Ríos*.
- [3] Sors Cirera, J. «En dos palabras», *La Actividad Humana, Año I* (1), 1901, p.1.
- [4] Monzón, J.M. «La libertad y el anarquismo», *La Actividad Humana, Año I* (VI), 1901, pp.17–19.
- [5] Monzón, J.M. «La anarquía. Su incremento en Paraná – elementos anárquicos – causas de anarquía – la prensa y anarquía», *La Actividad Humana, Año I* (VIII), 1902, pp.7–12.
- [6] Monzón, J.M. «La anarquía. Su incremento...», op. cit., p.8.
- [7] Monzón, J.M. «La anarquía. Su incremento...», op. cit., p.8.

- [8] Monzón, J.M. «La anarquía. Su incremento...», op.cit., pp.9–10.
- [9] Peust, O. «Huelgas argentinas. Proletariado– huelgas – remedios», *La Actividad Humana, Año I (IX)*, 1902, pp.16–21.
- [10] Peust, O. «Huelgas argentinas...», op. cit., p.16.
- [11] Peust, O. «Huelgas argentinas...», op. cit., p.19.
- [12] R.C. «La anarquía en el Socialismo», *La Actividad Humana, Año I (XI)*, 1902, pp.64–65.
- [13] R.C. «La anarquía en el Socialismo», *La Actividad Humana, Año I (XI)*, 1902, p. 65.
- [14] R.C. «La anarquía en el Socialismo», op. cit., p. 65.
- [15] Thomas, J.M. «El anarquismo», *La Actividad Humana, Año II (XIII)*, junio de 1902, pp. 17–22.
- [16] A los jóvenes es un pequeño ensayo de uno de los más importantes escritores anarquistas: Piotr Kropotkin, que fue escrito en 1880. Fue uno de los textos más leídos en su época, en él, Kropotkin intenta inyectar una buena dosis de altruismo a los jóvenes recién egresados de alguna carrera; hacerles comprender la enorme responsabilidad social que han adquirido para con el pueblo, a quien a fin de cuentas deben la totalidad de sus estudios, en resumidas cuentas, hace un llamado a la juventud en general a ser parte activa de la revolución. Consultado en: <http://bibliotecasolidaria.blogspot.com.ar/2013/07/a-los-jovenes-por-piotr-kropotkin.html>
- [17] Thomas, J.M. «El anarquismo», op. cit., pp.19–20.
- [18] Thomas, J.M. «El anarquismo», op. cit., p.21.

## INFORMACIÓN ADICIONAL

\*: Este artículo es una versión revisada de un trabajo realizado en el marco de la acreditación del Seminario Problemáticas actuales de las Ciencias Sociales, dictado por el Dr. Osvaldo Iazzetta, del Doctorado en Ciencias Sociales de la UNER (2016).

# AmeliCA

## Disponible en:

<https://portal.amelica.org/ameli/journal/607/6075141001/6075141001.pdf>

[Cómo citar el artículo](#)

[Número completo](#)

[Más información del artículo](#)

[Página de la revista en portal.amelica.org](#)

AmeliCA  
Ciencia Abierta para el Bien Común

Walter Nelson Musich

**Conflictividad social e ideas políticas en las páginas de la revista mensual *La Actividad Humana* (Paraná, 1901-1902)**

***Social conflictivity and political ideas in the pages of the monthly magazine La Actividad Humana (Paraná, 1901-1902)***

*Contenciosa*

núm. 14, e0046, 2024

Universidad Nacional del Litoral, Argentina

[revistacontenciosa@fhuc.unl.edu.ar](mailto:revistacontenciosa@fhuc.unl.edu.ar)

**ISSN-E:** 2347-0011

**DOI:** <https://doi.org/10.14409/rc.2024.14.e0046>



**CC BY-NC-SA 4.0 LEGAL CODE**

**Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.**